

# POESÍA MEXICANA

Benjamín Valdivia



**UNA INTRODUCCIÓN PARA ZOMBIS**



Poesía mexicana  
Una introducción para zombis



Poesía mexicana  
Una introducción para zombis

Benjamín Valdivia



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE AGUASCALIENTES

Poesía mexicana  
Una introducción para zombis

Primera edición 2016

D.R. © Universidad Autónoma de Aguascalientes  
Av. Universidad 940  
Ciudad Universitaria  
Aguascalientes, Ags. 20131  
[www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/](http://www.uaa.mx/direcciones/dgdv/editorial/)

© Benjamín Valdivia Magdaleno

ISBN 978-607-8457-86-1

Hecho en México  
*Made in Mexico*

# Índice

Entrada en materia	9
Poetas nacionales antes del idioma español	13
La poesía colonial	17
La llegada de la independencia	21
Del final del siglo XIX al final de la Revolución	27
Del fin de la Revolución al fin del siglo XX	43
Del final del siglo XX al inicio del XXI	63
Estos años nuestros	79





## **Entrada en materia**

¿De qué hablamos cuando decimos *México*? En el siglo XIX se originó el nombre de este país, pero ya desde muchos siglos antes existían algunas de las formas culturales que nos definen. Por ejemplo, el chile y las tortillas; el gusto por los sacrificios humanos (de los que hay bastantes variaciones hasta hoy) y la inexplicable afición por las pirámides, o los juegos de pelota. De aquellos siglos autóctonos nos viene una sensibilidad ambigua de lo sagrado, sensibilidad que fue lastimada y deformada por la opresión de los conquistadores que añadieron a las palabras locales, sucesivamente, su propio idioma español, francés e inglés.

Cuando decimos *México*, de los labios nos surge un lenguaje que, a la vez, es propio y es ajeno: hablamos en español, sin duda, pero un español tramado por la supervivencia de pueblos originarios, sobre todo del maya y del azteca. Y resbalado, más tarde, por los refinamientos melódicos del francés, y por el actual pragmatismo silvestre, lúcido, apabullante, del inglés.

Sobre todo, cuando decimos *México*, estamos frente a algo fincado en la antigüedad de la flor en el canto: la poesía. Una poesía, desde luego, hecha al modo nuestro, *a la mexicana*. Siempre queriendo ser algo más que mexicanos, en busca de compararnos con Europa, primero; con Estados Unidos, después; y ahora, comparados con todo el mundo en las carreteras digitales. Es conmovedor ver a jóvenes practicantes de la poesía esforzarse por aparecer en público en las redes virtuales, muy antes de aparecer en privado en las redes de la poesía.

Del arcaico *huéhuatl*, que retumbaba en el atardecer, hasta las contemporáneas bocinas de retumbantes decibeles, las rítmicas palabras ascienden a compartir sus significa-

ciones. En estas breves páginas veremos, mis estimados zombis, los momentos más espectaculares de la poesía mexicana, sus vericuetos y reconstrucciones para contar, al final, con un panorama mínimo de lo que ha sido la expresión nacional en términos de la poesía. Y quizás dejarnos un asomo de lo que podrá llegar a ser.



## Poetas nacionales antes del idioma español

**A**ntes de existir en estas tierras el idioma español que ahora nos identifica, hubo poetas de vuelo muy alto. Es cosa de asomarse con cuidado a un billete de cien pesos, de los rojos con la figura del rey Netzahualcóyotl, y encontrar a la derecha de la cara, escrito en letra muy pequeña, el siguiente poema de él:

Amo el canto del zenzontle,  
pájaro de cuatrocientas voces.  
Amo el color del jade  
y el enervante perfume de las flores,  
pero más amo a mi hermano: el hombre.<sup>1</sup>

De la cultura maya prehispánica, se conserva *El libro de los cantares de Dzitbalché*, donde puede leerse este fragmento del Canto 7:

---

1 Traducción del náhuatl por Miguel León Portilla.

La bellísima luna  
se ha alzado sobre el bosque;  
va encendiéndose  
en medio de los cielos  
donde queda en suspenso  
para alumbrar sobre  
la tierra, todo el bosque.  
Dulcemente viene el aire y su perfume  
y su perfume  
ha llegado en medio  
del cielo; resplandece  
su luz sobre  
todas las cosas. Hay  
alegría en todo  
buen hombre.  
Hemos llegado adentro  
del interior del bosque donde  
nadie  
mirará  
lo que hemos venido a hacer.<sup>2</sup>

Como en todas partes, en los territorios antiguos de lo que hoy es México, los asuntos principales fueron la naturaleza y la

---

2 Traducción del maya por Alfredo Barrera Vásquez.

meditación que se unen al amor solidario y al amor erótico, además de solicitudes a los dioses, homenajes a los reyes o descripciones del paisaje y la vida cotidiana.





## La poesía colonial

Es de imaginar que durante los tres siglos que duró la dominación colonial española, nuestras tierras cambiaron sus costumbres y, con ellas, el modo de nombrar al mundo y, por lo tanto, de trazar la poesía. Desde entonces nos hemos adaptado muy bien a ser extranjeros, de modo que en cien años de usar el español ya estábamos a la altura de los más destacados autores de la corte. Primera y principal figura en la poesía de esos tiempos es Sor Juana Inés de la Cruz, quien además gusta porque pone la voz femenina en una altura mayor, a pesar del contexto machista que distingue desde siglos a la cultura nacional. Miremos este soneto suyo, lleno de perfección poética, musicalidad, concepto, visión y desarrollo:

Al que ingrato me deja, busco amante;  
al que amante me sigue, dejo ingrata;  
constante adoro a quien mi amor maltrata;  
maltrato a quien mi amor busca constante.

Al que trato de amor hallo diamante;  
y soy diamante al que de amor me trata;  
triumfante quiero ver al que me mata  
y mato al que me quiere ver triunfante.

Si a este pago, padece mi deseo:  
si ruego a aquel, mi pundonor enojo:  
de entrambos modos infeliz me veo.

Pero yo mejor partido escojo  
de quien no quiero, ser violento empleo,  
que de quien no me quiere, vil despojo.

El período colonial tuvo muchos versificadores religiosos y de homenajes ocasionales que forman una tupida alfombra al paso de los grandes, pero conviene tener en cuenta algunos autores que lograron un arte superior: Luis de Sandoval y Zapata; el poeta Bernardo de Balbuena, que compone una serie sobre la *Grandeza mexicana*; el dramaturgo Juan Ruiz

de Alarcón; el intelectual Carlos de Sigüenza y Góngora; y ya al finalizar la época, Manuel de Navarrete, poeta bucólico.



## La llegada de la independencia

Cuando concluye la Guerra de Independencia, en 1821, la guerra continúa como ideología y política: por una parte los conservadores, que añoraban someterse a un rey y dieron como resultados sucesivos el imperio de Iturbide, las invasiones extranjeras y el imperio de Maximiliano; por otro lado, estaban los liberales, en una línea que va de Guadalupe Victoria hasta Benito Juárez. Como es desde entonces la política mexicana, muchos brincaban de un extremo al otro. Se distinguió en esas artes brincatorias el general Santa Anna, que fue en varias ocasiones presidente, sostenido a veces por los liberales y a veces por los conservadores.

En la poesía del siglo XIX es la misma situación: los dos bandos tienen sus representantes, y algunos cambiaron de bando según

su conveniencia, siendo el ejemplo más claro José Joaquín Pesado, que de ferviente liberal pasó a febril conservador. Debemos advertir que siempre fueron más poetas los liberales, incluso hasta nuestros días.

Por el partido conservador hubo muchos sacerdotes y obispos que escribieron, entre los que destacan Ignacio Montes de Oca y Obregón, Federico Escobedo y Joaquín Arcadio Pagaza, todos ellos autores de obras en las que la naturaleza y la tradición son protagonistas, afiliados sobre todo al movimiento académico y neoclásico, que busca dar nuevo aliento a la antigüedad grecolatina.

Mucho más interesante en su decir, como ya se comentó, son los poetas del partido liberal, derivados de las tendencias románticas, entre ellos Guillermo Prieto, Vicente Riva Palacio y, más adelante, Juan de Dios Peza, el más logrado entre ellos. Mi parecer es que, para los zombis, será interesante la lectura del soneto “Al Amor”, de “El nigromante” Ignacio Ramírez:

¿Por qué, Amor, cuando espiro desarmado,  
de mí te burlas? Llévate esa hermosa

doncella tan ardiente y tan graciosa  
que por mi oscuro asilo has asomado.

En tiempo más feliz, yo supe osado  
extender mi palabra artificiosa  
como una red, y en ella, temblorosa,  
más de una de tus aves he cazado.

Hoy de mí mis rivales hacen juego,  
cobardes atacándome en gavilla,  
y libre yo mi presa al aire entrego;

al inerme león el asno humilla...  
Vuélveme, amor, mi juventud, y luego  
tú mismo a mis rivales acaudilla.

Y también se aprovechará la lectura de  
un fragmento del poema “No te olvido”, del  
oficial juarista Antonio Plaza:

¿Y temes que otro amor mi amor destruya?  
¡Qué mal conoces lo que pasa en mí;  
no tengo más que un alma, que es ya tuya,  
y un solo corazón, que ya te di!

¿Y temes que placeres borrascosos  
arranquen ¡ay! del corazón la fe?  
Para mí los placeres son odiosos;  
en ti pensar es todo mi placer.

Aquí abundan mujeres deslumbrantes,  
reinas que esclavas de la moda son,  
y ataviadas de sedas y brillantes,  
sus ojos queman como quema el sol.

De esas bellas fascinan los hechizos,  
néctar manan sus labios de carmín;  
más con su arte y su lujo y sus postizos,  
ninguna puede compararse a ti. [...]

A la muerte de Juárez, en 1872, y sobre todo cuando Porfirio Díaz llegó al poder en 1876, algo se atoró en la historia patria y surgió un intento unificador de las contradicciones, que nos dio como país el deseo de ser franceses en cultura y yanquis en maquinaria. Inmediatamente previo a ese contexto es que Manuel Acuña, quien se suicidó a los 24 años, había escrito su famoso “Nocturno a Rosario”, poema en el que dice cómo, en su amor, la pretendida Rosario sustituiría a la madre



del poeta. No será ese texto incestuoso y célebre el que colocaremos aquí, sino unas partes de su poema titulado “Ante un cadáver”, que trata de la eternidad del cosmos a pesar de la muerte del individuo:

Aquí está ya... tras de la lucha impía  
en que romper al cabo conseguiste  
la cárcel que al dolor te retenía.

La luz de tus pupilas ya no existe,  
tu máquina vital descansa inerte  
y a cumplir con su objeto se resiste.

¡Miseria y nada más!, dirán al verte  
los que creen que el imperio de la vida  
acaba donde empieza el de la muerte. [...]

¡Pero no!..., tu misión no está acabada,  
que ni es la nada el punto en que nacemos,  
ni el punto en que morimos es la nada.

Círculo es la existencia, y mal hacemos  
cuando al querer medirla le asignamos  
la cuna y el sepulcro por extremos. [...]

Allí acaban los lazos terrenales,  
y mezclados el sabio y el idiota  
se hunden en la región de los iguales.

Pero allí donde el ánimo se agota  
y perece la máquina, allí mismo  
el ser que muere es otro ser que brota.

El poderoso y fecundante abismo  
del antiguo organismo se apodera  
y forma y hace de él otro organismo. [...]

Que al fin de esta existencia transitoria  
a la que tanto nuestro afán se adhiere,  
la materia, inmortal como la gloria,  
cambia de formas; pero nunca muere.

Acuña extrae del ideal romántico un enfoque diferente: el de la objetividad científica y la perspectiva biológica y positivista para hablarnos de la muerte. Es menos drama y más reflexión, lo cual lo coloca como un intermediario entre las pasiones desbordadas del Romanticismo y la florida elaboración del Modernismo, al que vamos a dirigirnos en el siguiente apartado.

## Del final del siglo XIX al final de la Revolución

Como queda dicho, el romanticismo empezó a girar hacia una manera cosmopolita que recuperaba sonidos antiguos, referencias exóticas y un gusto por cosas más “artísticas” y menos comprometidas. Incluso llegan a separarse un tanto de la problemática social y aspiran a un misticismo o al “buen vivir”. Esa manera internacional es el Modernismo, que hacía sentir a los escritores mexicanos como parte del mundo en general y Latinoamérica en particular. El Ateneo de la Juventud, que reunía a jóvenes entusiastas en torno a la educación como salvación, buscó construir un México moderno y contemporáneo del mundo, según dice la leyenda. Vayamos por partes.

El más notorio modernizador de la poesía mexicana en esa etapa final del siglo XIX es Manuel Gutiérrez Nájera, conocido por su pseudónimo “El Duque Job”. Coincidiendo con el genial Rubén Darío, persigue las rimas extrañas, logradas hasta con idiomas como el inglés o el francés, con referencias a las novelas románticas y a personajes bíblicos o literarios. El sello distintivo del conjunto era la frivolidad o la coquetería. Revisemos unas secciones de su poema “La Duquesa Job”:

En dulce charla de sobremesa,  
mientras devoro fresa tras fresa,  
y abajo ronca tu perro “Bob”,  
te haré el retrato de la duquesa  
que adora a veces al duque Job. [...]

Mi duquesita, la que me adora,  
no tiene humos de gran señora:  
es la griseta de Paul de Kock.  
No baila *Boston*, y desconoce  
de las carreras el alto goce  
y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,  
ni los querubes que vio Jacob,  
fueron tan bellos cual la coqueta  
de ojitos verdes, rubia griseta,  
que adora a veces el duque Job. [...]

Ágil, nerviosa, blanca, delgada,  
media de seda bien restirada,  
gola de encaje, corsé de “¡crac!”  
nariz pequeña, garbosa, cuca,  
y palpitantes sobre la nuca  
rizos tan rubios como el coñac. [...]

Desde las puertas de la Sorpresa  
hasta la esquina del Jockey Club,  
no hay española, yanqui o francesa,  
ni más bonita ni más traviesa  
que la duquesa del duque Job.

El poema se vuelve como una conversación ocasional. Se compone con las palabras que suenen, vengan de donde vengan. Así, Gutiérrez Nájera llega a rimar ‘beefsteak’ con ‘Chapultepec’.

Provenientes del romanticismo, tres grandes cruzan el siglo XIX hacia el XX: Ma-

nuel José Othón, Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina. Othón más succulento y salvaje; Díaz Mirón más intenso y soberbio; Urbina más libre, elevado y reflexivo.

Manuel José Othón es autor de poemas excelentes en su etapa romántica, como el “Himno de los bosques”, donde presenta los sonidos del ambiente natural desde el amanecer hasta la noche siguiente; o la “Noche rústica de Walpurgis”, que toma la tradición germánica de la noche de brujas y la forma “a la mexicana”, con el coyote, el nahual y otros personajes autóctonos. A pesar de ser esos poemas mencionados unas obras de alto nivel, su más elevada composición es, sin duda, el “Idilio salvaje”, grupo de ocho sonetos que forjan el canto arrebatado de un amor mítico y corpóreo a la vez, trenzado del poder de la naturaleza. Miremos aquí el que lleva el número V, cuando el amante se desespera al darse cuenta de la inminente separación, que es el presagio del abandono doloroso y de una soledad semejante a la del desierto:

¡Qué enferma y dolorida lontananza!  
¡Qué inexorable y hosca la llanura!

Flota en todo el paisaje tal pavora,  
como si fuera un campo de matanza.

Y la sombra que avanza... avanza... avanza,  
parece, con su trágica envoltura,  
el alma ingente, plena de amargura,  
de los que han de morir sin esperanza.

Y allí estamos nosotros oprimidos  
por la angustia de todas las pasiones,  
bajo el peso de todos los olvidos.

En un cielo de plomo el sol ya muerto;  
y en nuestros desgarrados corazones  
el desierto, el desierto... y el desierto.

Salvador Díaz Mirón fue, además de excelente poeta, un político belicoso que estuvo envuelto en situaciones criminales, llegando a la cárcel por esas causas. Su obra está hecha desde un narcisismo machista que distingue su tono admirativo, el cual podemos comprobar en estas secciones de su famoso poema “A Gloria”:

[...]

A través de este vórtice que crispa,  
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,  
oruga enamorada de una chispa  
o águila seducida por un astro. [...]

Fiando en el instinto que me empuja,  
desprecio los peligros que señalas.  
“El ave canta aunque la rama cruja:  
como que sabe lo que son sus alas”. [...]

Los claros timbres de que estoy ufano  
han de salir de la calumnia ilesos.  
Hay plumajes que cruzan el pantano  
y no se manchan... ¡Mi plumaje es de esos! [...]

¡Confórmate, mujer! Hemos venido  
a este valle de lágrimas que abate,  
tú, como la paloma, para el nido,  
y yo, como el león, para el combate.

Urbina hace que el poema parezca una plática entre dos personas, pero con un avance sentimental muy claro. El ejemplo más adecuado será su soneto llamado “Humorismos tristes”:



¿Que si me duele? Un poco; te confieso  
que me heriste a traición; mas por fortuna  
tras el rapto de ira vino una  
dulce resignación... Pasó el acceso.

¿Sufrir? ¿Llorar? ¿Morir? ¿Quién piensa  
[en eso?  
El amor es un huésped que importuna;  
mírame cómo estoy; ya sin ninguna  
tristeza que decirte. Dame un beso.

Así; muy bien; perdóname, fui un loco;  
tú me curaste —gracias—, y ya puedo  
saber lo que imagino y lo que toco:

En la herida que hiciste pon el dedo;  
¿que si me duele? Sí; me duele un poco,  
mas no mata el dolor... No tengas miedo...

En una etapa más adelantada del Modernismo se abrieron tres vertientes para la expresión poética, así como la oposición renovadora hecha por Enrique González Martínez, que al decir de Octavio Paz era el único realmente moderno. De estas tres vertientes, una es la que impuso Alfonso Reyes, el prin-

cipal intelectual mexicano en el orbe de la Revolución y hasta la mitad del siglo xx. En él, la conversación se hace popular y recupera coplas, canciones y dichos; por otra parte, se enlaza con la tradición griega. Una de sus obras, llamada “Homero en Cuernavaca”, pone en claro esa combinación. Participa en nuestro recorrido introductorio de la poesía mexicana con secciones de su poema “Sol de Monterrey”:

No cabe duda: de niño,  
a mí me seguía el sol.

Andaba detrás de mí  
como perrito faldero;  
despeinado y dulce,  
claro y amarillo:  
ese sol con sueño  
que sigue a los niños.

Saltaba de patio en patio,  
se revolcaba en mi alcoba.  
Aun creo que algunas veces  
lo espantaban con la escoba. [...]

Los corredores tendían  
arcos de luz por la casa.  
En los árboles ardían  
las ascuas de las naranjas,  
y la huerta en lumbre viva  
se doraba.

Los pavos reales eran  
parientes del sol. La garza  
empezaba a llamear  
a cada paso que daba. [...]

Cuando salí de mi casa  
con mi bastón y mi hato,  
le dije a mi corazón:  
—¡Ya llevas sol para rato!—  
Es tesoro —y no se acaba:  
no se acaba— y lo gasto.  
Traigo tanto sol adentro  
que ya tanto sol me cansa.  
Yo no conocí en mi infancia  
sombra, sino resolana.

La segunda de las líneas señaladas en las que se abre el Modernismo la representa Amado Nervo, quien gozó de una popularidad inmensa en los países hispanoamerica-

nos. Su sinceridad espiritual la extendió hacia búsquedas místicas, amorosas, morales y políticas. De Nervo tenemos que observar dos aspectos, ambos escritos con una sonoridad encomiable: uno épico y otro anímico. Veamos la descripción de un pasmoso atardecer, en el apartado segundo de su conocido poema patriótico “La raza de bronce”:

Aquella tarde, en el poniente agosto,  
el crepúsculo audaz era una pira  
como de algún atrida o de algún justo;  
llamarada de luz o de mentira  
que incendiaba el espacio, y parecía  
que el Sol al estallar sobre la cumbre  
su mole vibradora de centellas,  
se trocaba en mil átomos de lumbre,  
y esos átomos eran las estrellas. [...]

En la cara opuesta, apreciemos su visión de la relación amorosa como un destino que acaba vencido por la muerte, en las estrofas primera y última de su poema “Gratia plena”:

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía:  
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...

El ingenio de Francia de su boca fluía.  
Era llena de gracia, como el Avemaría;  
¡Quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!  
[...]

¡Cuánto, cuánto la quise! ¡Por diez años  
[fue mía;  
pero flores tan bellas nunca pueden durar!  
¡Era llena de gracia, como el Avemaría;  
y a la Fuente de gracia, de donde procedía,  
se volvió... como gota que se vuelve a la mar!

La tercera de las rutas del Modernismo en el contexto de la Revolución la ejerce José Juan Tablada, que es reconocido por la introducción del exotismo japonés en la nueva poesía mexicana de su momento, así como por su exquisito cosmopolitismo. En ese estilo, gusta de los poemas breves de contenido emocional ante la naturaleza, y poemas más extensos con aguda observación de las sutilezas de la cultura. Es de los primeros en quebrar la forma rígida del verso en la distribución de la página, que luego será distintiva de Octavio Paz, aunque en otra dirección de significados. Pongamos atención, entonces, al poema “Nocturno alterno”,

de Tablada, que mezcla, con simultaneidad vanguardista, el ambiente nocturno neoyorquino con el bogotano:

Neoyorquina noche dorada

*Fríos muros de cal moruna*

Rectors champaña fox-trot

*Casas mudas y fuertes rejas*

Y volviendo la mirada

*Sobre las silenciosas tejas*

El alma petrificada

*Los gatos blancos de la luna*

Como la mujer de Loth

Y sin embargo

es una

misma

en New York

y en Bogotá

LA LUNA...!

Un gran salto en la concepción de la poesía y en la visión del alma mexicana sucede en la escritura de Ramón López Velarde, heredero del Modernismo pero visionario

de otras posibilidades expresivas, más arraigadas en la tradición provinciana, pero con intuiciones de avanzada. Octavio Paz afirma que López Velarde nos llevará a las puertas de la contemporaneidad en la poesía.<sup>3</sup> Y lo hace con una mezcla de palabras selectas, ritmos novedosos, temas audaces y una naturalidad para hacer el retrato de nuestra alma. Semejante a Neruo, ha cobrado fama, junto a su producción lírica, el poema épico “La suave patria”. Miremos tres fragmentos de ese poema:

#### PROEMIO

Yo que sólo canté de la exquisita  
partitura del íntimo decoro,  
alzo hoy la voz a la mitad del foro  
a la manera del tenor que imita  
la gutural modulación del bajo  
para cortar a la epopeya un gajo. [...]

#### PRIMER ACTO

Patria: tu superficie es el maíz,  
tus minas el palacio del Rey de Oros,

---

3 “López Velarde nos conduce a las puertas de la poesía contemporánea. No será él quien las abra sino Vicente Huidobro”. Octavio Paz, *El arco y la lira*, FCE, México, 1967, p. 96.

y tu cielo, las garzas en desliz  
y el relámpago verde de los loros.

El Niño Dios te escrituró un establo  
y los veneros del petróleo el diablo. [...]

Cuando nacemos, nos regalas notas,  
después, un paraíso de computas,  
y luego te regalas toda entera  
suave Patria, alacena y pajarera.

Al triste y al feliz dices que sí,  
que en tu lengua de amor prueben de ti  
la picadura del ajonjolí. [...]

## INTERMEDIO

*(Cuauhtémoc)*

Joven abuelo: escúchame loarte,  
único héroe a la altura del arte.

Anacrónicamente, absurdamente,  
a tu nopal inclínase el rosal;  
al idioma del blanco, tú lo imantas  
y es surtidor de católica fuente



que de resposos llena el victorial  
zócalo de cenizas de tus plantas.

No como a César el rubor patricio  
te cubre el rostro en medio del suplicio;  
tu cabeza desnuda se nos queda,  
hemisféricamente de moneda.

Moneda espiritual en que se fragua  
todo lo que sufriste: la piragua  
prisionera, al azoro de tus crías,  
el sollozar de tus mitologías,  
la Malinche, los ídolos a nado,  
y por encima, haberte desatado  
del pecho curvo de la emperatriz  
como del pecho de una codorniz. [...]



## Del fin de la Revolución al fin del siglo xx

**Y** bien, mis queridos zombis, hemos arribado de pleno al siglo xx, cuando ya la Revolución mexicana se convierte en instituciones, pasando 1920, y los poetas ayudan a los proyectos educativos y políticos del nuevo régimen, con el que colaboran todos en medidas diferentes.

En torno a la Secretaría de Educación Pública iniciada por Vasconcelos, y con el apoyo de Alfonso Reyes, varios jóvenes escritores formaron lo que se conocería como el grupo de Los Contemporáneos (debido al nombre de la revista que los reunía). Estos jóvenes estaban atentos a la cultura francesa y estadounidense, la cual hicieron permear en distintos ámbitos. En el grupo se contaba con Carlos Pellicer, Xavier Villaurrutia, Salvador

Novo, José Gorostiza, Gilberto Owen y otros más.

También vinculados con el nuevo régimen revolucionario, pero radicales en política y en poesía, otros jóvenes formaron el grupo del Estridentismo, verdadera vanguardia, análoga de las vanguardias europeas de ese momento. El líder de esta iniciativa de avanzada es Manuel Maples Arce; son miembros de este grupo Luis Quintanilla (*Kin Taniya*), Salvador Gallardo Dávalos, Germán List Arzubide, Arqueles Vela y otros.

Nada de lo que digamos podrá sustituir la percepción directa de la poesía, así que lanzaremos ejemplos de estos dos grupos opuestos, con la advertencia de que Contemporáneos, en términos culturales (no necesariamente en términos poéticos), superó a los Estridentistas, con los cuales vamos a comenzar esta serie.

Manuel Maples Arce, al mejor estilo europeo, lanzó un Manifiesto Estridentista, que en su segunda emisión concluía gritando “¡Viva el mole de guajolote!” Sus poemas introducen asuntos de máquinas, combates, el pueblo y la vida de las ciudades en crecimien-

to, que provoca nuevas sensaciones, nuevos sentimientos. Veamos una parte de “Vrbe. Súper-poema bolchevique en 5 cantos”:

[...] Bajo las persianas ingenuas de la hora  
pasan los batallones rojos.  
El romanticismo caníbal de la música  
[yankee  
ha ido haciendo sus nidos en los mástiles.  
¡Oh ciudad internacional!  
¿Hacia qué remoto meridiano  
cortó aquel trasatlántico?  
Yo siento que se aleja todo.  
Los crepúsculos ajados  
flotan entre la mampostería del panorama.  
Trenes espectrales que van  
hacia allá  
lejos, jadeantes de civilizaciones.

La multitud desencajada  
chapotea musicalmente  
[en las calles.

Y ahora, los burgueses ladrones, se echa-  
[rán a temblar  
por los caudales

que robaron al pueblo,  
pero alguien ocultó bajo sus sueños  
el pentagrama espiritual del explosivo.

He aquí mi poema:  
Gallardetes de hurras al viento,  
cabelleras incendiadas  
y mañanas cautivas en los ojos. [...]

Salvador Gallardo Dávalos también mezcla el lirismo a los elementos de la industrialización, sobre todo en su libro *El pentagrama eléctrico*, al que pertenece este poema titulado “Jardín”:

La noche se emboscó en los árboles  
Tras el ametrallaje del crepúsculo  
Las estrellas llovieron sobre nuestro des-  
[amparo  
Y la luna metálica  
Se anegó en el silencio  
—Yo aspiro tus palabras  
Mas los trenes plagiaros  
Son aleros para tus miradas.  
—¡La vida es un bostezo fugaz  
De gasolina!

Con tus esponjas táctiles enjugas  
Mi locura.

Y en el paisaje de tus pupilas  
Todas las primaveras regresaron  
UN DÍA ALFOMBRAREMOS LA VIDA  
CON LOS PÉTALOS DISPERSOS  
DE LAS CANCIONES NUEVAS

Por el lado de “Contemporáneos”, hay una diversidad de estilos y expresiones, aunque todas ellas coinciden en buscar una renovación de la poesía nacional. Mi parecer es que Salvador Novo es el más arriesgado en las formas de incorporar las nuevas formas mundiales de su momento. Sin embargo, tendrán mayor reconocimiento Carlos Pellicer y Xavier Villaurrutia. En cuanto a poemas individuales más relevantes, destacan Jorge Cuesta, con su “Canto a un dios mineral” y, desde luego, José Gorostiza, con su “Muerte sin fin”.

Leamos este fragmento del segundo poema de la serie “Recinto”, de Pellicer, pleno de sensaciones, descripciones metafóricas y esperanzas:

Que se cierre esa puerta  
que no me deja estar a solas con tus besos.  
[...]

Por razones serenas  
pasamos largo tiempo a puerta abierta.  
Y arriesgado es besarse  
y oprimirse las manos, ni siquiera  
mirarse demasiado. [...]

Pero en la noche  
la puerta se echa encima de sí misma  
y se cierra tan ciega y claramente  
que nos sentimos ya, tú y yo, en campo  
[abierto,  
escogiendo caricias como joyas  
ocultas en las noches con jardines  
puestos en las rodillas de los montes,  
pero solos tú y yo. [...]

En otra dirección, mucho más literaria  
y con asideros al surrealismo, está el poema  
“Nocturno de la estatua”, de Villaurrutia, que  
dice así:



Soñar, soñar la noche, la calle, la escalera  
y el grito de la estatua desdoblado la esquina.

Correr hacia la estatua y encontrar sólo el  
[grito,  
querer tocar el grito y sólo hallar el eco,  
querer asir el eco y encontrar sólo el muro  
y correr hacia el muro y tocar un espejo.  
Hallar en el espejo la estatua asesinada,  
sacarla de la sangre de su sombra,  
vestirla en un cerrar de ojos,  
acariciarla como a una hermana imprevista  
y jugar con las fichas de sus dedos  
y contar a su oreja cien veces cien cien veces  
hasta oírla decir: “estoy muerta de sueño”.

Una de las consecuencias más gratas de la cultura posrevolucionaria ha sido la integración de las mujeres a una expresión nacional abierta y creciente, comenzando por autoras como Rosario Castellanos, Concha Urquiza, Pita Amor, Dolores Castro, Emma Godoy, Enriqueta Ochoa, y en años subsiguientes Ulalume González de León, Elsa Cross, Coral Bracho y una gama diversa y nutrida de escritoras que han enriquecido

ya con varias generaciones exitosas la poesía mexicana.

Otra de las consecuencias fue el surgimiento de la revista *Taller poético*, en 1936, y *Taller*, en 1938, en torno a las cuales consolidaron su fama inicial los dos grandes antípodas Efraín Huerta y Octavio Paz; con ellos se cubren los extremos poéticos, y en cierta medida los culturales, desde entonces y hasta casi acabar el siglo: por un lado, la vitalidad de la inmediatez, la experiencia de la actualidad, el lenguaje y las referencias de raíz popular y erótico-histórica; por otro lado, la agudeza de la intuición, la captación de lo trascendente, las referencias de raigambre cultivada y de refinada sensualidad.

Para una mejor comprensión de estas vías opuestas de la poesía mexicana, visitemos unos fragmentos de Octavio Paz junto a unos fragmentos de Efraín Huerta.

Primero, el tema erótico, que Paz propone como dos cuerpos enfrentados en un ritual cósmico, mientras Huerta llena los cuerpos de verdad natural, de relajo literario y de crítica social.

Paz (el poema “Dos cuerpos”):

Dos cuerpos frente a frente  
son a veces dos olas  
y la noche es océano.

Dos cuerpos frente a frente  
son a veces dos piedras  
y la noche desierto.

Dos cuerpos frente a frente  
son a veces raíces  
en la noche enlazadas.

Dos cuerpos frente a frente  
son a veces navajas  
y la noche relámpago.

Dos cuerpos frente a frente  
son dos astros que caen  
en un cielo vacío.

Huerta (inicio del poema “Amor, patria  
mía”):

En un lugar de tu vientre  
de cuyo nombre no quiero acordarme  
deposité la seca perla de la demencia.

Como era natural,  
ya había perdido todo lo deseable  
y realizado trabajosamente  
los más feroces estudios obcenográficos.

(Amó tanto, el pobre,  
que ni perdón de Dios alcanzó.)

No hizo llorar a los muertos ni a los vivos  
ni utilizó el cuchillito filoso que siempre  
[cargaba  
como si fuera el libro del más maldito  
[amor.  
Vio muertos y heridos pero a él nada le  
[pasó.  
Y en tu oreja derecha, que es mi biografía,  
murmuré en desolada piedad:  
¡Desnúdate, que yo te ayudaré! [...]

El segundo punto de comparación es la  
atmósfera como de ensoñación, con un toque  
de símbolos nacionales.

Paz (del poema “Piedra de sol”):

[...] vestida del color de mis deseos  
como mi pensamiento vas desnuda,  
voy por tus ojos como por el agua,  
los tigres beben sueño en esos ojos,  
el colibrí se quema en esas llamas,  
voy por tu frente como por la luna,  
como la nube por tu pensamiento,  
voy por tu vientre como por tus sueños,

tu falda de maíz ondula y canta,  
tu falda de cristal, tu falda de agua,  
tus labios, tus cabellos, tus miradas,  
toda la noche llueves, todo el día  
abres mi pecho con tus dedos de agua,  
cierras mis ojos con tu boca de agua,  
sobre mis huesos llueves, en mi pecho  
hunde raíces de agua un árbol líquido. [...]

Huerta (inicio de la primera sección de  
su poema “El Tajín”):

Andar así es andar a ciegas,  
andar inmóvil en el aire inmóvil,  
andar pasos de arena, ardiente césped.  
Dar pasos sobre agua, sobre nada

—el agua que no existe, la nada de una as-  
[tilla—,  
dar pasos sobre muertes,  
sobre un suelo de cráneos calcinados.

Andar así no es andar sino quedarse  
sordo, ser ala fatigada o fruto sin aroma;  
porque el andar es lento y apagado,  
porque nada está vivo  
en esta soledad de tibios ataúdes.  
Muertos estamos, muertos  
en el instante, en la hora canicular,  
cuando el ave es vencida  
y una dulce serpiente se desploma. [...]

El tercer momento es el de la parte última de sus trayectorias poéticas, que en Paz giró hacia una síntesis ceremoniosa y elevada; mientras en Huerta se tornó aún más intensa con su característica raíz ácida y popular.

Paz (su poema “Árbol adentro”):

Creció en mi frente un árbol.  
Creció hacia adentro.  
Sus raíces son venas,  
nervios son sus ramas,

sus confusos follajes pensamientos.

Tus miradas lo encienden

y sus frutos de sombras

son naranjas de sangre,

son granadas de lumbre.

Amanece

en la noche del cuerpo.

Allá adentro, en mi frente,

el árbol habla.

Acércate, ¿lo oyes?

Huerta (el “poemínimo” titulado *Así es*):

Todas

Las

Cosas

Se parecen

A su

Sueño

La poesía sarcástica y de crítica social ha contado con pocos representantes de altura en el siglo xx mexicano. Principal entre esos pocos es Renato Leduc, quien publica su primer libro en 1924, en pleno ajetreo vanguardista y revolucionario, aunque sigue un

camino distinto al de los Contemporáneos y los Estridentistas. Tomemos como muestra un fragmento de su poema “Invocación a la Virgen de Guadalupe y a una señorita del mismo nombre: Guadalupe...”:

Hay gente mala en el país,  
hay gente  
que no teme al señor omnipotente,  
ni a la beata, ni al ínclito palurdo  
que da en diezmos la hermana y el maíz.

Adorable candor el de la joven  
que un pintor holandés puso en el burdo  
ayate de Juan Diego.  
El sex-appeal hará que se la roben  
en plena misa y a la voz de fuego. [...]

Ojos dieran, los ojos de la cara  
sólo porque a la vuelta de una esquina  
la pequeña sonrisa que ilumina  
de luz ultraterrestre su cabeza,  
les bañara...

La flapper y el atleta  
piernas dieran —milagros de oro y plata—



si la clara  
ternura de esta Virgen les bañara  
al llegar a la cama o a la meta. [...]

Anhelantes de sed y de impotencia  
en turbias fuentes beberemos ciencia...  
¿Para qué...?  
Si el caramelo que mi boca chupe  
será siempre tu nombre: Guadalupe...

En contraste con la veta sarcástica, Rubén Bonifaz Nuño se orienta por una enorme fusión de evocaciones de la antigua latinidad, luces prehispánicas y cultura popular, todo anudado con fina ironía en un estilo de los más poderosos y originales de nuestra literatura. Apreciemos unas partes del poema 18 de su libro *Los demonios y los días*:

[...] Tras una ventana de éstas podrías  
estar, indefensa, durmiendo,  
tú para quien fue demasiado simple  
la caja de vidrio que te encerraba  
en mi corazón de veinte años,  
y a quien un tendero anónimo  
tomó como criada, tranquilamente,

después de pasar por un juzgado  
y un vestido blanco y una iglesia. [...]

Acaso esta misma noche en que pienso,  
en este momento, mientras camino  
por estos lugares próximos,  
estás escuchando en alguna parte  
las cosas que no te dije, el silencio  
que no comprendiste: me has encontrado.

Y algo que yo tuve olvidado  
mucho tiempo sube por mi tristeza  
y va descubriéndose en secreto,  
y me va ligando a ternuras  
ajenas, a oscuros tormentos, a nostalgias.

Con enlaces también a las culturas clásicas y con la vista en la actualidad hizo su obra un poeta universal y el más destacado de los poetas aguascalentenses, Desiderio Macías Silva, quien procede con un lenguaje luminoso y sonoro para resolver inquietudes de alta imaginación y de mucha hondura humana, siempre con estructuras de simetría formal muy cuidada. Aquí nos acompaña con dos poemas de su libro *Ascuario*. El prime-

ro trata acerca de la condición humana; el segundo acerca de la incomprensible altura de la poesía. A continuación el texto sobre la condición humana:

Un fotón es el mínimo de luz  
que puede tener alas.  
Un electrón, cuatro alas  
que cabrillean y cantan en un nudo.

Sistema planetario  
de gavillas de luz que giran, giran,  
en torno a un incendio, esto es el átomo.  
—Las moléculas son  
nebulosas de átomos  
y los cuerpos galaxias de moléculas—.

Luz, ¿qué más?... En la orgía de colores  
de nuestra arboladura  
la luz toma conciencia de sí misma.

En seguida sobre la incomprensible altura de la poesía:

Nave de vidrio,  
casi agua,

fascina por sus mosaicos.  
Espejea  
desde el vértice de un cono  
cuyo azogue se enraiza  
en madreporas  
de infinito.

Comprendo,  
y no me hiere,  
que para los establos  
este caleidoscopio  
a nada corresponda.

La obra de Rosario Castellanos es apasionada a la vez que analítica, con queja amorosa reunida a la crítica social y a los temas trascendentales. Puede apreciarse esa combinación en la segunda parte de su poema “Dos meditaciones”:

Hombrecito, ¿qué quieres hacer con tu ca-  
[beza?  
¿Atar al mundo, al loco, loco y furioso  
[mundo?  
¿Castrar al potro Dios?

Pero Dios rompe el freno y continúa en-  
[gendrando  
magníficas criaturas,  
seres salvajes cuyos alaridos  
rompen esta campana de cristal.

Cierra el siglo, al morir en 1999, el poeta Jaime Sabines, de amplia aceptación popular gracias a su expresión directa, profunda y universal, con asuntos cotidianos, amorosos y de las relaciones entre las personas. En la mejor tradición reflexiva del tema, su libro *Algo sobre la muerte del mayor Sabines* plantea la desaparición del ser querido en sus diferentes situaciones y apreciaciones. El poema III, de la primera parte de ese libro, es el siguiente:

Siete caídas sufrió el elote de mi mano  
antes de que mi hambre lo encontrara,  
siete veces mil veces he muerto  
y estoy risueño como en el primer día.  
Nadie dirá: no supo de la vida  
más que los bueyes, ni menos que las go-  
[londrinas.  
Yo siempre he sido el hombre, amigo fiel  
[del perro,

hijo de Dios desmemoriado,  
hermano del viento.  
¡A la chingada las lágrimas!, dije,  
y me puse a llorar  
como se ponen a parir.  
Estoy descalzo, me gusta pisar el agua y las  
[piedras,  
las mujeres, el tiempo,  
me gusta pisar la yerba que crecerá sobre  
[mi tumba  
(si es que tengo una tumba algún día).  
Me gusta mi rosal de cera  
en el jardín que la noche visita.  
Me gustan mis abuelos de totomoste  
y me gustan mis zapatos vacíos  
esperándome como el día de mañana.  
¡A la chingada la muerte!, dije,  
sombra de mi sueño,  
perversión de los ángeles,  
y me entregué a morir  
como una piedra al río,  
como un disparo al vuelo de los pájaros.

## Del final del siglo xx al inicio del XXI

**E**n nuestros días, han marcado rutas a la expresión mexicana poetas muy diversos: algunos jóvenes con amplia promoción en medios digitales y redes sociales, y otros con una consistente trayectoria durante décadas. Estos últimos forman la base poética de nuestro tiempo, siendo los poetas vivos (o fallecidos hace muy pocos años) los de más reconocimiento. Murió en 2009 Marco Antonio Montes de Oca, poeta de altos vuelos y casi el único que cultivó una voz de supervivencia vanguardista, autor de obra monumental que falta valorar todavía más. La variedad de su imaginación y su lenguaje lo hacen figura singular en la poesía mexicana actual. Aquí va una muestra de su poema “Contrapunto de la fe”:

[...] Colibrí, astilla que vuelas hacia atrás  
y te detienes  
y en picada avanzas  
contra el pecho milenario del perfume:  
en tus manos encomiendo  
las generaciones todavía plegadas a mi  
[carne,  
las llamaradas de nieve en el diamante  
y la coraza de súplicas que protege a la ruina  
contra el definitivo polvo.  
En tus manos y alas encomiendo  
al siempre silencioso, al poeta  
que rasga sus vestiduras hasta el hueso  
y acoge a sus espectros  
y les transmite nueva niebla  
soplando una canción entre sus labios secos.  
En tus manos encomiendo al niño mari-  
[nero  
que crece cuando le falta la piel  
para tatuarse el perfil de cuanto sueña,  
pues no le duele al revés del párpado  
su propia carne viva,  
ni el hombre al hombre,  
ni la sal a las heridas del mar.  
En cambio los niños sufren  
cuando todavía vendados por un vientre,



sólo contemplan la luna  
si su madre bosteza. [...]

Entre los que se nos adelantaron en la hora final está el aguascalentense Víctor Sandoval (fallecido en 2013), promotor y político cultural de mucha influencia en toda la última mitad del siglo pasado, autor de *Fraguas*, que es un poema digno de ser más conocido. Aquí tocamos el primer poema de su libro “Para empezar el día”:

Vamos a trabajar  
el pan de este poema.  
Hay que traer un poco de alegría;  
que cada quien tome su cesta.  
La noche gira sobre la esperanza  
y desgasta sus párpados la estrella.  
Surgen las graves letanías del trigo  
por los labios abiertos de la tierra.  
La espiga se desnuda sobre el aire  
y el agua suelta sus cadenas.  
Con un poco de esfuerzo y de ternura  
vamos a trabajar  
el pan de este poema.

Poeta de gran relevancia es José Emilio Pacheco (fallecido en 2014), quien recibió el Premio Cervantes, el más prestigiado de la lengua española. En su poesía supo equilibrar la erudición y la experiencia cosmopolita con la vida cotidiana y la tradición de la cultura nacional, equilibrio que le permitió tener una amplia gama de lectores que todavía continúa. Aprecie-mos esa tensión en el poema titulado “Consideraciones sobre los cerdos e imprecaciones de los mismos”:

¿Por qué todos sus nombres son injurias?:  
Puerco marrano cerdo cochino chancho.  
Viven de la inmundicia; comen, tragan  
(porque serán comidos y tragados).

De hinojos y de bruces roe el desprecio  
por su aspecto risible, su lujuria,  
sus temores de obsceno propietario.  
Nadie llora al morir más lastimero,  
interminablemente repitiendo:  
y pensar que para esto me cebaron,  
qué marranos qué cerdos qué cochinos.

La aguascalentense Dolores Castro ha sido una pionera y un ícono para el punto de vista femenino en aspectos fundamentales de la poesía mexicana. Con más de noventa años de edad, continúa tocando la vida directa con una expresión honda y sencilla a la vez, tal como se ve en su reciente poema “La sangre derramada”:

Al borde del camino  
lo encontramos  
el mismo pantalón, la blusa blanca:  
sobre su espalda  
amapola de sangre.

Llaman de gracia al tiro  
que enmudeció su boca,  
ahogó su amor  
y me dejó baldada.

El estallido  
de aquel tiro de gracia  
aún retumba  
y aúlla en el aire, aúlla.

En la poesía mexicana vigente de nuestro siglo XXI podemos indicar un grupo de poetas nacidos en la primera mitad del siglo pasado, grupo que forma parte ya de la tradición sólida, y tiene una obra madura y definida en los rumbos de la expresión actual.

Eduardo Lizalde, decano visible de la actualidad, es un poeta de tono descarado, epigramático y punzante, pleno de agudeza y originalidad. Lo comprueba su poema “Bellísima”:

Óigame usted, bellísima,  
no soporto su amor.  
Míreme, observe de qué modo  
su amor daña y destruye.  
Si fuera usted un poco menos bella,  
si tuviera un defecto en algún sitio,  
un dedo mutilado y evidente,  
alguna cosa ríspida en la voz,  
una pequeña cicatriz junto a esos labios  
de fruta en movimiento,  
una peca en el alma,  
una mala pincelada imperceptible  
en la sonrisa...  
yo podría tolerarla.

Pero su cruel belleza es implacable,  
bellísima;  
no hay una fronda de reposo  
para su hiriente luz  
de estrella en permanente fuga  
y desespera comprender  
que aun la mutilación la haría más bella,  
como a ciertas estatuas.

Otro de los reconocidos maestros contemporáneos es Gabriel Zaid, poeta que confía en la revelación y la intuición aunadas al concepto para que el misterio del mundo pueda expresarse, como se ejemplifica en su poema “Siesta anaranjada”:

No te levantes, temo  
que el mundo siga ahí.

Las nubes imponentes,  
el encinar umbrío,  
los helechos en paz.

Todo tan claro  
que da miedo.

Nacidos en los años cuarenta y más adelante, gran cantidad de poetas actuales colaboran en la elaboración del mosaico dinámico que se compone de multitud de propuestas, tendencias, voces y autores, que van desde la parsimonia hasta la desesperación, de la quietud originante a la inquietud desgarradora. Mujeres y hombres, de edad proveya o de juventud entusiasta, con visiones claras o en cegueras lastimosas, toda la gama de posibilidades de estos días poéticos de hoy pulsan con una vitalidad inédita en nuestra historia cultural. En mucho gracias a los medios virtuales, la velocidad de las comunicaciones y las facilidades para dar a conocer obras que incluso no están todavía fructificadas.<sup>4</sup>

De esa década tomaremos sólo un breve puñado, a modo de ejemplo: Jaime Reyes (1947-1999), Francisco Hernández (1946), Elsa Cross (1946), Marco Antonio Campos (1949), David Huerta (1949) y José Luis Rivas (1950).

Jaime Reyes mantiene, en su breve obra, una atmósfera entre compasiva y oscu-

---

4 Como he dicho en otra ocasión, los jóvenes están aprendiendo a publicar antes de aprender a escribir.

ra, con versos alargados, rizos rítmicos ensimismados y una aspiración de surgir que parece siempre coartada por alguna imposibilidad. Se puede apreciar eso en el inicio de su libro *Isla de raíz amarga, insomne raíz*:

Estoy dondequiera a la hora del desastre  
porque contigo estoy, porque sin ti no es-  
[tuviera.  
Nada más a ti te amo, no estoy para los de-  
[más, en nadie estoy si no estoy en ti,  
raíz del miedo, agua derramada.  
Yo soy el hilo de agua que ata las esquinas,  
[los rincones,  
las puertas de los que babeantes han descubierta  
entre cuerpo y cuerpo pústulas  
[enfebrecidas,  
lagos sangrientos, y han descubierta que  
[atropellados estamos, hermana,  
muertos.  
Pero a pesar de todo, contra ti, contra mí, a  
[la semilla que eres fecundado regreso.  
A ti que eres, que estás cavando, que me  
[levantas de la ceniza.

Alejarme de ti es recorrer y caer y regresar  
con la garganta ahogada en el olor de  
[amorosa gente dormida.  
Con el olor de abrazos insaciables, feroces,  
[tenaces.  
Irme de ti, sin ti, es romper el hilo que me  
[ata, títere de la muerte.  
Irme de ti, estar frente a ti que juegas a  
abandonarme, es ir siempre hacia atrás,  
quitándome las manos, saludando, corco-  
veando en el polvo de los precipicios. [...]

Francisco Hernández siempre tiene a la mano una sorpresa de lenguaje o de enfoque, que no acaba nunca de entregarse y aparece como poblado de máscaras y personajes constituyentes de una galería que habla de modo muy personal. Aquí, la lógica extrema en el poema “La noche que corría”:

Miramos a la noche que corría por el parque.  
Descendimos por el surtidor  
que era un árbol de la luna.  
Encontramos un cofre: dentro había pájaros  
que volaban dormidos.  
Todo sucedió en un segundo.



Todo en un espacio no mayor  
que cualquier estampilla de Madagascar.  
Lo que dijimos derrumbó los puentes.  
Lo que callamos los levantó.  
Reflejos del agua  
siguieron nuestro pasos  
y la noche que corría por el parque se detuvo.

Elsa Cross ha sabido extraer vitalidad de las eras mitológicas y, a la vez, darle alcances míticos a las experiencias de la vida inmediata. Nos acompaña ahora un fragmento del primer poema de su “Canto Malabar”:

[...] Estaba junto al baniano  
aquella tarde en que el zureo de las tórtolas  
volvía insoportable tanta belleza.  
Estaba junto a la estatua de Yama, Señor de  
[la Muerte,  
montando su búfalo negro mientras Savitri  
le arrebatava con argumentos la vida de su  
[amado.  
Tanta belleza a punto de morir.  
Te vi por última vez allí, desde el baniano.  
Inmenso como era el viento lo había des-  
[cuajado

y las ramas que cayeron a tierra echaron  
[raíces.  
¿Adónde van los sueños cuando uno des-  
[pierta?  
Silencio a media voz, disipación del tiem-  
[po—  
la muerte indecisa:  
un murmullo que cruza en el estanque.  
Tus brazos me rodean entre el sueño.  
Tus brazos se disuelven en la nada.  
Como árbol arrancado de un sedimento po-  
[bre.  
Y en todas partes abundancia, vidas en flor.  
Discurrir de insectos, zumbidos de abejas,  
tus mieles que me ahogan. [...]

Marco Antonio Campos aprovecha su conocimiento de los países y de los idiomas para lograr un estilo objetivo y despojado de giros y figuras que resten objetividad y sustantividad al texto. Veamos este poema suyo titulado “Ciudad de México”:

...yo nací aquí, escribí aquí,  
perseguido, no por demonios,  
sino por trasgos y fieras, crecí

en una ciudad ilímite,  
y pese a su horror, miseria y caos,  
a su humo y su trajín sin alma,  
amé su sol, su enorme y dulce otoño,  
sus plazas como firmamentos,  
las tibias tardes en leve marzo,  
el perfil montañoso al sur,  
la máscara y cuchillo de su gente,  
su ayer feroz, su hoy incierto,  
y la amé, la amé siempre, la amé,  
la amé como ama un hijo duro.

La poesía de David Huerta se poya en la doble tesitura de la ebriedad y la lucidez. Así, los desarrollos textuales se consolidan con una lógica propia que a la vez hace presente un lenguaje de base sonora e imaginativa, cuya materia tensa el orden lógico. Esto se aprecia en el célebre inicio de su extenso libro *Incurable*:

El mundo es una mancha en el espejo.  
Todo cabe en la bolsa del día, incluso  
[cuando gotas de azogue  
se vuelcan en la boca, hacen enmudecer,  
[aplantan

con finas patas de insecto las palabras del  
[alma humana.  
El mundo es una mancha sobre el mar del  
[espejo,  
una espiga de cristal arrugado y silencioso,  
una aguja basáltica atorada en los ojos de  
la niña desnuda.

En medio de la calle, con el ruido de la  
ciudad como otra ciudad conectada en la  
[pantalla de la respiración,  
veo en mis manos los restos del espejo:  
[tiro todo a la bolsa y sigo mi camino,  
todo cabe en la bolsa del día, incluso la pa-  
[labra *incluso*,  
un manchón negro en la línea que se va  
[deshojando en la boca. [...]

José Luis Rivas, nacido en 1950, marca la frontera hasta la que llegaremos en esta introducción que para todos ustedes, estimados zombis, hemos preparado. Es una frontera artificial y brutal la que hemos puesto: quedarnos en la orilla misma de los nacidos la segunda mitad del siglo xx. De ese año en adelante, son los autores que efervescen la

cultura literaria mexicana, de los cuales tendríamos que hacer otro libro entero.

Rivas plantea un gusto por la textura y materia de los vocablos, así como una cercana aproximación a lo sensible y sentido. Así en el poema final de su libro “La transparencia del deseo”:

Los ojos de la niña  
tienen el crudo azul  
del atado de jaibas que se agita  
todavía vivo  
en una mesa del mercado.

Es una dependienta nada más  
frágil  
menuda cual su nombre  
pero es bella y sus ojos  
van bien detrás del mostrador  
donde se antojan  
una prolongación de la vitrina.



## Estos años nuestros

La poesía escrita por quienes nacimos en la segunda mitad del siglo xx se encuentra todavía en estado magmático y con demasiadas turbulencias, de las que no se puede sacar en claro algo definitivo: la moneda de la historia es implacable por un lado y caprichosa por el otro. Los cientos y cientos de escritores que pululan por todos los vericuetos de la actualidad serán los que, por medio de sus creaciones, den materia para los próximos desenlaces poéticos de este país que se constituye, sobre todo, de jóvenes.

A quienes hemos mencionado en esta Introducción los tenemos como figuras ejemplares. Cada uno de ellos, sin importar de quien se trate, debe ganar cada vez la aprobación de los lectores: la literatura se forma de textos, no de personas. En su momento

cada cual se acomodó lo mejor que pudo a las condiciones de la república literaria, pero no existen garantías cuando de gustos se trata.

Resulta interesante ser testigos de la voraginosa ambición con la que algunos de esos poetas persiguen la fama, le claman, la cultivan, se autoelogian o mutuoelogian, y llegan a extremos graves, que han sido señalados en público con odio igualmente soez. Hay que recordar que lo joven envejecerá, y que todo está destinado a desaparecer. En 1908, el erudito Menéndez y Pelayo hizo una antología de *Las cien mejores poesías de la lengua castellana*, de las cuales hoy reconoceríamos como mejores menos de la mitad. Esta antología está llena de autores y poemas olvidables y olvidados, tal como lo serán las antologías de nuestro siglo en épocas posteriores (si es que llegan a épocas posteriores).

Así que, al concluir estos comentarios y sus evidencias textuales, les propongo a todos los zombis dos cosas. La primera: que leamos mucha poesía, toda la que podamos, en especial la creada por los autores mexicanos de estos días presentes. La segunda es que no nos dejemos llevar por los nombres sino por las



obras: si el poema nos mueve, no importa de quien provenga.

Ahora volteamos a ver horas nuevas y diferentes afanes. Como los zombis pueden dezombizarse, queden como testimonio de nuestra conversación estas páginas y la posibilidad de renovados encuentros alumbrados a la sombra de la fronda del árbol de la poesía.

## Poesía mexicana

Una introducción para zombis

Primera edición 2016

El cuidado de la edición estuvo a cargo  
del Departamento Editorial de la Dirección General  
de Difusión y Vinculación de la Universidad  
Autónoma de Aguascalientes.